

DE BUENAS LETRAS

Amor a distancia

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Lope de Vega, lúcido y urgente, remataba la faena poética con un verso tan serio, tan claro y tan profundo, que siempre hace pensar: «Esto es amor, quien lo probó lo sabe». Verso sáfico, perfecto, última línea definitiva y seria, con halo de chulada, guasón, desafiante, recordando en el ruedo esa media verónica que nos deja al astado en pie con su deslumbramiento.

Quevedo, un algo más profundo, llega sumido en el río de su soneto, de otros lares lejanos y sabidos, incluso con oculto sentido en sus palabras, y le acaba en remate, en juego indescriptible que se funde en el mar como lengua de fuego sedosa y cristalina, que se eclipsa en la luz de su último verso. «Polvo serán, más polvo enamorado», dice cual cima, colofón de osadía, en ese pase largo, exigido y de rito, conocido de pecho que acaba la faena, que distiende esperanza y se acomoda el ansia, dejando para siempre definitiva y pura esa histórica gloria que será permanente.

«Amor mío, jamás», hace decir Rostand a su Cyrano, en el punto crucial donde la muerte, aplazada un momento, exige confesión, asentimiento a la clara evidencia que desbroza en Rosanna esos años tan largos, tan duros, tan sin norte, releyendo las cartas que le escribió su amado. Es la cumbre de la ensoñación, el instante supremo que culmina la fiesta, el momento en que rueda en redondo el cuerpo de la fiera; esa muerte de amante que luchó valeroso.

«Amor mío, jamás. Polvo serán, más polvo enamorado. Esto es amor, quien lo probó lo sabe».

Quiso escribirle a ella. Decirle que la amaba por encima, incluso, de amores tan sublimes, de esos que él leía, releía, de siempre, que venían en su libro de frases escogidas revestidas de amor. Ejemplos que ponían los textos que tuvo que estudiar y analizar, incluso. Los que hacían poner gesto de lechuguino a aquél maestro cursi que impartía literatura, que qui-

so iniciarlos en el campo impaciente del amor a lo bello.

Deseó escribirle, entonces, una carta perfecta, donde el viento bebiera los halos de la dicha, que llevase el perfume de su amor infinito, que pudiera leerla, leerla y releerla tantas veces seguidas sin perder su prestancia. Quería ofrecerle un profundo homenaje, que quedase patente la pasión enervante que sentía por ella, que con sólo en sus manos, sintiese que besarla sería continuación, esperanza y destino de toda su existencia; que no cupiese duda que vivía para ella.

Empezó varias veces. Quizá no fuese época de cartas ni recados, ni de libros con hojas de flores disecadas, de guardar junto al verso un pétalo de rosa; quizá era muy antiguo lo que venía a su mente, lo que decían los libros que le llegaban tanto. Se detuvo un instante, como si descubriese que jamás preguntó qué le gustaba a ella, si tendría también un verso recordado, si sabría las estrofas que él decía entre sueños.

Se quedó desolado, tuvo como un amago de tristeza homicida. Rememoró los días que fueron tan queridos, esas pocas veladas que estuvieron hablando, cruzando los apuntes, contemplando la lluvia que impedía el paseo, en esas pocas tardes en que se conocieron, a pique de los días que fueron vacaciones, distancia para todo lo que no fuese espera.

Se acercó al teléfono y marcó nueve números. Escuchó un instante y pronunció su nombre sin oír descolgar. Luego titubeó y colgó enseguida, repitiendo «te espero».